

*La ignorancia afirma o niega rotundamente,  
la ciencia duda (Voltaire)*

## **LA POLÍTICA EDUCATIVA REPUBLICANA Y SU PROYECCIÓN EN EL EXILIO MEXICANO.**

**ANA BONED COLERA  
(UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID)**

### **ÍNDICE EPÍGRAFES:**

- 1.- Prólogo
- 2.- El Sistema de enseñanza republicano. Por una formación humana e integral.
- 3.- El Franquismo: ¡muerte a la inteligencia!
- 4.- La experiencia republicana: aprender del pasado

### **RESUMEN:**

Recorrido por las páginas de la historia de la II República Española, periodo en el que la educación, como base de la democracia, cobró una importancia inusual en la política general, con el compromiso de una parte significativa del pueblo español. Recordatorio del legado, en materia de enseñanza, del exilio republicano en México.

### **ABSTRACT:**

A stroll through the history of the Second Spanish Republic, a period in which education, as the foundation of democracy, gained an unusually important role in politics as a whole, with the commitment of a significant portion of the Spanish people. A reminder of the educational heritage of the Republicans exiled in Mexico.

### **PRÓLOGO**

El tema de esta comunicación se inscribe en el contexto del exilio republicano en México, y tiene por objeto averiguar la proyección que tuvo la gran obra educativa emprendida durante el primer bienio de la República, y continuada durante los años de

poder republicano, en conjunción con las fuerzas y partidos proletarios, incluso en los difíciles tiempos de guerra. Con el triunfo del nacional-catolicismo, España quedó convertida en un erial en muchos sentidos y, por supuesto, la Cultura fue la gran perdedora, dado el elevado número de personas de alta talla humana y formación que tuvieron que marchar. Todas ellas significadas por su contribución al enriquecimiento cultural del país y por su espíritu librepensador, laico y democrático, que hicieron llegar a las gentes de los lugares más recónditos de la geografía española, hasta entonces, aisladas y sumidas en la más absoluta ignorancia. Las palabras de León Felipe dan la medida de la desertización cultural que supuso para la España franquista el forzoso destierro de estas gentes: “los exiliados se han llevado la palabra y la palabra en griego significa *logos*. El que se lleva la palabra se lleva la razón”.(Aub, 1992, p.I )

En México, pervivirá entre los exiliados el pensamiento que alumbró la política cultural y educativa de la República, y son muchas las muestras, hoy todavía existentes, del empeño del exilio por continuar la labor iniciada en suelo español. Los transterrados llevaron al otro lado del Atlántico ideas y métodos para educar en unos valores e instruir en unos conocimientos, desde una visión humanista, racional y crítica. Colaboraron en instituciones de investigación y educación superior, creadas expresamente por iniciativa del presidente mexicano Cárdenas, como el Colegio de México, que abrió sus puertas para acoger a intelectuales y personalidades republicanas del mundo de la cultura y al que fueron invitados, entre otros muchos, José Ignacio Mantecón, Agustín Millares Carlo, y Ramón Iglesias, los tres relacionados con el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios que tan magna labor desarrolló durante los primeros años de la República y la contienda civil. Además participaron en universidades y escuelas nacionales mexicanas, en cuyas nóminas aparecen nombres como el de los catedráticos de Filosofía Adolfo Sánchez Vázquez y José Gaos, la catedrática de Teoría Política Aurora Arnáiz, todos ellos de la UNAM, o el de María Zambrano, en el colegio de Morelia. Otros exiliados, con el apoyo de los organismos republicanos, fundaron sus propios centros de enseñanza (Instituto Luis Vives, Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, la Academia Hispano-Mexicana, el Colegio Madrid, los Colegios Cervantes y las Escuelas Freinetistas).

“Cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares”..., triunfalistas palabras, sobradamente conocidas, del último parte de guerra emitido el 1 de abril de 1939. Así las cosas, y con medio millón

de personas que abandonaron España para evitar la política de terror de los vencedores y sustraerse a la depuración, la redención por la sangre y los trabajos forzados, al exilio le quedó únicamente el recurso a la palabra, arma que sustituirá al fusil en los nuevos países de acogida, para hacer más soportable el peso de la derrota. Porque los que marcharon salvaron la vida, pero fue mucho lo que perdieron: el alejamiento de la tierra que les vio nacer, sus seres queridos, sus proyectos personales y profesionales, y los que tenían para cambiar España. Pero, pese al dolor y la incertidumbre de no saber cuándo regresarían, mantuvieron la esperanza y la memoria, a sabiendas de que sólo con ellas podrían sobrevivir preservando su dignidad. Como decía uno de los pasajeros del *Sinaia*, de avanzada edad, marchaba de España, para, por lo menos, poder morir con dignidad.

El obligado alejamiento de España y la necesidad de mantener la cohesión entre los refugiados, les llevó a buscar medios de expresión en los que plasmar su sentir y recuperar algo parecido a la normalidad en sus vidas. De modo que, desde los primeros momentos, así lo hicieron, y no había sobrepasado el Peñón de Gibraltar el barco expedicionario *Sinaia* cuando, bajo la dirección de Juan Rejano, se editó el primer número de la publicación homónima que les acompañaría durante toda la travesía. En este órgano de prensa no faltarán las crónicas sobre la actividad de los maestros dirigidas a los niños y adolescentes que iban a bordo, porque como comentaba el redactor había que promover inquietudes y despertar la inteligencia de los rapaces, pues “serán los futuros defensores de la ideología que no animó la guerra y que caracteriza nuestro exilio”( *Sinaia*, 1939, 11 junio). Para entonces, el bando vencedor, ya había iniciado su política de aniquilación de todo lo que representaba el ideario republicano y de quienes se habían comprometido con su causa, de modo que sus represalias alcanzaron a los hijos de los “rojos”, que llevaban inoculado el mal heredado, por lo que estos niños estuvieron en el punto de mira de la sistemática política de terror dirigida a erradicar el mal en su origen. No en vano, pues el régimen vio en los niños la esperanza de la nueva España.

EL SISTEMA DE ENSEÑANZA REPUBLICANO. POR UNA FORMACIÓN HUMANA E INTEGRAL.

Es conocida la declaración de guerra al analfabetismo y el fértil trabajo desarrollado, desde 1931, por instituciones, asociaciones y particulares para eliminar el alto índice de analfabetos -en torno al 40% de los 22 millones de españoles existentes en esa fecha-, y hacer llegar la cultura a las ciudades y, sobre todo, a los lugares más apartados de la geografía rural española. Hasta allí llegarán libros, arte, música, teatro, cine..., gracias a la labor realizada por las Misiones Pedagógicas, la Red de Bibliotecas Municipales, que creó 5.000 bibliotecas ambulantes sólo en 1931, las organizaciones proletarias, y la contribución de los maestros en las numerosas escuelas creadas. Por fin, se reconocía el valor de la cultura como medio de liberación y elevación social de los pueblos, y la necesidad de erradicar uno de los males endémicos, la ignorancia, que había favorecido el dominio de las oligarquías conservadoras en estrecha alianza con la jerarquía eclesiástica y el ejército, ambos bastiones del poder. Así pues, con el régimen republicano, la enseñanza además de servir como sistema de transmisión de conocimientos y de valores, se convertía en un instrumento para combatir las influencias conservadoras y clericales, y dicha empresa fue reforzada desde el poder legislativo con la Constitución y la Ley de Congregaciones, al ordenar el alejamiento de la Iglesia de las tareas docentes.

El proyecto educativo de la República estaba inspirado en ideas racionales y liberales, y en los presupuestos krausistas sobre la reforma ética del hombre mediante la educación. El objetivo era regenerar el país y aproximarle a la modernidad socio económica y cultural que encarnaban las naciones del entorno europeo, y a tal fin era pertinente extender un modelo educativo, humanista y tolerante, que recogiese la esencia filosófica de la Institución Libre de Enseñanza, cuya andadura había sido continuada por otros centros de formación como la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, la Junta de Aplicación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, la Residencia para Señoritas, el centro experimental para la segunda enseñanza, Instituto Escuela, (1918) y las mismas Misiones Pedagógicas. Algunos miembros de la burguesía avanzada y culta se formaron en estos centros, que eran expresión cultural de esa misma clase social a la vez que catalizadores de las corrientes más vanguardistas del pensamiento científico y pedagógico. Sus hijos e hijas, aunque éstas en menor número, seguirán sus pasos, en contacto con los debates que se libraban en las más avanzadas instituciones educativas europeas como el Instituto Pedagógico J.J. Rousseau, la escuela de María Montessori, de las hermanas Agazzi, o de Jean Piaget. Paralelamente, esas

nuevas ideas para la renovación cultural y educativa, pero bajo la influencia marxista, habían encontrado su modo de expresión a partir de la iniciativa de Manuel Núñez de Arenas, fundador con otros socialistas de la Escuela Nueva. Sus planteamientos, favorables a la integración de lo cultural en todo lo social, servirán de guía a Fernando de los Ríos, segundo titular del Ministerio de Instrucción Pública de la República y, anteriormente, colaborador del centro socialista, convertido en lugar de reunión de los ateneístas al clausurar Primo de Rivera el Ateneo madrileño. Esta orientación pedagógica socializante tuvo sus representantes en el exilio mexicano, siendo uno de ellos el fundador del Colegio Cervantes de Veracruz en México, José María Sánchez Sansano (Cruz, 1994, p.122).

Durante los mandatos de Marcelino Domingo y de Fernando de los Ríos, desde el Ministerio de Instrucción Pública se sientan las bases para el desarrollo de un sistema educativo que, a corto o medio plazo, permitiera cambiar la realidad cultural española. La apuesta es por una enseñanza científica, alejada de supersticiones y verdades sustentadas en la fe como fuente de conocimiento, y por tanto, ajena a la nefasta influencia religiosa. De modo que la libertad de la ciencia, la libertad de pensamiento y de conciencia presidirán el proyecto educativo, y sobre estos principios se definirán nuevos objetivos, nuevos programas y contenidos, y nuevos métodos, con el propósito último de educar en valores democráticos y potenciar la función social de los individuos, finalidad que se traduce en la incorporación de una asignatura específica en los programas escolares. En este sentido no puedo evitar una mirada retrospectiva a la legislación republicana en materia de enseñanza, y comprobar cierto paralelismo, o por lo menos una estela de inspiración, entre aquella y la reciente Ley Orgánica de Educación, en cuestiones como la inserción en los nuevos planes de estudio de una materia *–Educación para la Ciudadanía–* dirigida a formar a los jóvenes para su participación como ciudadanos en la cosa pública. También la documentación histórica nos permite comprobar similitudes entre el ayer y el hoy en la intransigente actitud que un sector de la opinión, con el incondicional apoyo de la jerarquía eclesiástica, ha mostrado ante la observancia del mandato constitucional que reconoce la aconfesionalidad del Estado español, y, por tanto, el carácter laico de la enseñanza pública obligatoria. Parece que no colma sus expectativas el que la Ley Orgánica de Educación contemple que la asignatura de religión sea de oferta obligatoria para los centros, aunque de elección voluntaria para los alumnos.

El proyecto cultural y educativo republicano requería de una Ley de Instrucción Pública en la que se fijaran sólidamente los principios políticos y técnicos para su realización, y “quedaran corregidos o en trance de ser enmendados los males heredados”, según palabras del titular de Instrucción Fernando de los Ríos (Molero, 1977, p.313). De tal manera que, en diciembre de 1932, se presentaba un proyecto de Bases para la Primera y Segunda Enseñanza mientras se debatían con todos los interesados los problemas de la enseñanza superior y sus posibles soluciones. Además se creaba el Consejo Nacional de Cultura, que sustituía al Consejo de Instrucción Pública, con la misión fundamental de verificar el cumplimiento de las directrices ministeriales de la reforma educativa en todos los centros de enseñanza.

Para llevar a cabo empresa de tal envergadura será clave, además de la posición oficial y de las instituciones culturales y educativas bajo su patrocinio, el compromiso que adquieren intelectuales y partidos obreros con la República, viendo en ella el marco favorable para la renovación material y espiritual del país, desde una posición ética y estética de ruptura con el pasado, y cuya impronta quedará indeleble en la obra realizada por estas personas, ya fuera en materia de ciencia, de educación, de arte, literatura, cine, u otras manifestaciones de la cultura. Pero si alguien se merece un auténtico reconocimiento, por la buena marcha de la reforma educativa en nuestro país, son los maestros, devotos trabajadores al servicio de los niños a los que se entregaron con pasión, conscientes de que su capacitación profesional y, más importante aún, su preparación moral y humana para encarar la vida, dependía de la formación que recibieran en los primeros años de su desarrollo. En este sentido, me parece plausible la labor que desarrollan algunos maestros, continuadores de Célestin Freinet, como el comunista catalán Ramón Costa y los libertarios José de Tapia y Patricio Redondo, quienes orientaron su actividad docente a estimular la libertad y la autonomía de los niños, y a reforzar sus capacidades mediante la técnica de expresión libre de sus pensamientos y sensaciones. Los tres, parte del colectivo Batec, dejaron su huella en escuelas rurales de Lérida y Barcelona durante los primeros años de la República, y después, en tres colegios de Méjico. Fueron además numerosas sus publicaciones, conferencias, y colaboraciones con otros docentes para difundir este método pedagógico, así como los cuadernos compilatorios de los textos libres realizados por sus alumnos.

Las autoridades republicanas eran conscientes de que sin el colectivo de maestros bien preparados e incentivados no sería posible obtener los resultados que se pretendían, por tanto la reforma debía ir precedida de su reconocimiento y dignificación, tanto en el plano moral como económico. De manera que los 52.000 maestros de la República se beneficiarán de una revisión salarial que les permitirá mejorar su condición social, ya que hasta entonces las remuneraciones de muchos de estos docentes, especialmente del medio rural, eran más bajas que las de muchos obreros.

Puesto que el proceso educativo debía ser tarea de las partes implicadas, alumnos y maestros tenían que cooperar para conseguir una enseñanza de calidad, y aunque el estímulo a los discentes corría de cuenta de sus maestros, que les debían proporcionar el aparato metodológico adecuado, el trabajo del escolar constituía el eje del proceso. En definitiva, se apostó por una actividad educativa que hiciera posible “enseñar a aprender” desde la primaria, y aunque la formación de los docentes se siguió realizando en las Escuelas Normales, éstas se reformaron, ampliándose el tiempo de prácticas. Además con la desaparición de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y la creación de la Sección de Pedagogía en la Universidad, los maestros vieron reconocido el valor de su trabajo.

Para llevar a buen término el proyecto era imprescindible aumentar los recursos materiales e invertir en infraestructuras. Oficialmente, en 1932, se reconocía un déficit de 20.000 escuelas de primaria, y no eran menos las carencias en la Segunda Enseñanza y en la Superior, por ello el Ministerio se comprometió a subsanarlas ampliando un 75% esa partida de los presupuestos para el año siguiente. El esfuerzo presupuestario realizado permitió abrir 16.000 escuelas en el primer bienio, lo que significaba un logro importante respecto a las previsiones -27.000 en cinco años- del Ministerio de Instrucción Pública. Un tipo de escuelas, que acordes con el espíritu de la reforma, fueron construidas según criterios de funcionalidad y humanización del espacio, teniendo en cuenta para qué y para quiénes fueron hechas.

La recién estrenada libertad de expresión dio la señal para que salieran también a la luz los problemas e insuficiencias que arrastraba la Enseñanza Superior, algunos de los cuales, podemos reconocer hoy. Desde el Ministerio o desde los foros universitarios se apuntaron los de más envergadura, como el exceso de alumnos, que dificultaba una formación de calidad y conducía a los licenciados al paro; la falta de vocación de algunos profesores y el desinterés de los alumnos, que no veían en la Universidad más

que una forma de avanzar en el escalafón social; la ausencia de autonomía, por lo que la Universidad corría el riesgo de ser mera burocracia dentro del Estado, el olvido de las Ciencias Sociales y de la Economía, pues no había facultad para estos estudios, como tampoco existía la cátedra de Estadística (Molero, 1977, pp.334-35). Estudiantes, profesores, decanos, todos los interesados dejaron oír su voz, a veces discordante, otras coincidente, con el propósito de hacer partícipe a la Universidad de la reforma cultural en ciernes.

Problemas aparte, la Universidad gozó del ambiente cultural que se respiraba en ese tiempo, desatado el deseo de intercambiar conocimiento y con la libertad para dar rienda suelta a la ciencia y a la creatividad. En sus aulas se desarrolló una brillante labor académica y científica, impartiendo clases lo más selecto de la inteligencia española. La mayoría de estas personas, con la guerra, se verán forzados al exilio, aunque algunos como el Decano de la Facultad de Medicina de Valencia, el doctor José Peset, corrieron peor suerte. Refiriéndose al alto nivel académico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central madrileña, en la que impartían sus clases profesores de la talla de Zubiri, García Morente, José Gaos, Ortega y Gasset..., uno de los asistentes a las clases de este último, Adolfo Sánchez Vázquez, más tarde exiliado a México y profesor de la UNAM, recordaba los aforos completos para escuchar al maestro, y “no sólo de estudiantes, decía, también de marquesas y toreros” (*Tribuna Universitaria*, 11 oct.2005, p.15).

Siendo importante la educación para los hombres, todavía más necesario lo era para las mujeres, que tradicionalmente habían estado excluidas, en la práctica, del espacio académico escolar, y, legalmente, del universitario. Los primeros pasos de la lucha feminista en pro del derecho a la educación en todos sus niveles se dieron desde la Asociación para la Educación de la Mujer, creada por Ramona Aparicio en 1879, pero el camino será arduo y hasta 1910 no se reconocerá legalmente el derecho de las mujeres a realizar estudios superiores, y sólo previo permiso especial. María Goyri, la primera estudiante universitaria, y tía de María Teresa León, relata como tuvo que enfrentarse al peso de la costumbre instalada en hombres y mujeres, y hacer frente a los prejuicios del dominante elemento masculino mientras realizó sus estudios en la universidad (León, 1977,p.25).

La superación de la minoría de edad y la emancipación “exterior e interior” de las mujeres (Domingo, 2004,p.239), encontró fuerte resistencia entre los hombres pero



también de mujeres de clase media, que se aliaron con ellos, y así contribuyeron a frenar la igualdad. Para unos y otras, los cambios legales no iban a modificar una situación que las mujeres mantenían por costumbre y convicción, como era la de pensar que el hogar era el espacio natural de la mujer, y por tanto –se preguntaban- qué mujeres iban a estar interesadas en acceder a la universidad u otros espacios públicos. La España de 1930 reflejaba esa mentalidad, pues siendo el 85% familias obreras y campesinas, el 90% de las mujeres trabajaban en el hogar, y dos tercios de las que lo hacían fuera además era en el sector doméstico, en trabajos temporales o como obreras cualificadas. En la medida en que las mujeres fueran traspasando la barrera del espacio privado e incorporándose al mundo laboral reservado a los hombres, el trayecto hacia la conquista de sus derechos se irá acortando. No obstante, el ejercicio de nuevas actividades y profesiones sólo era posible con el acceso a una formación continuada desde los niveles más básicos, pero esta posibilidad será privativa de una determinada clase social y, por tanto, de un grupo minoritario de mujeres, que, como María de Maeztu Whitney, fundadora del Lyceum Club y del primer centro oficial de enseñanza superior, la Residencia Internacional de Señoritas, fueron abriendo brecha en el camino hacia la igualdad, con su compromiso y su trabajo, pero además con el apoyo añadido que les prestaba el entorno familiar y social, más propicio para la toma de conciencia sobre estas cuestiones.

Con la República, la discriminación que sufrían la mayoría de las mujeres se elimina desde el punto de vista legal, y, si bien, en materia de educación se produjeron cambios cualitativos como el aumento de la tasa de alfabetización de obreras y campesinas, la mentalidad tradicional y la fuerza de la costumbre siguió condicionando los comportamientos de ambos sexos, de manera que, en el ámbito de estas familias trabajadoras, el trato desigual marcaba las relaciones, y mientras los hijos varones escuchaban a sus padres hablarles de política, las hijas aprendían, costura e iban a misa.

Al hacer balance del esfuerzo realizado durante la República para dar educación al pueblo, se constata que fueron cuantiosos los recursos humanos y materiales invertidos, y que dieron sus frutos: creación de numerosas escuelas, incluso, fueron más de mil las organizadas por las Milicias de la Cultura en los frentes republicanos, colonias para niños en España y en el extranjero, institutos para obreros, brigadas para luchar contra el analfabetismo, elaboración de nuevos Planes de Estudio, extensión de recursos a todos los niveles educativos -enseñanza primaria, secundaria y superior-, y

edición de publicaciones dirigidas a la mejora de la educación, como es el caso de la *Revista de Pedagogía* que editaba la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza. Sin embargo, más importante que estos logros fue el espíritu democratizador que acompañó esta política, dando acceso a gentes de muy diferente condición social, en la ciudad y especialmente en el campo, a una formación que se sabía necesaria para la mejora material y espiritual de todos. Por tanto, hacer partícipe de ella al conjunto de los españoles era un acto de justicia social, y parte de un proyecto político y de vida más humano, más racional y más ético que constituía la espina dorsal de la República. Al fin y al cabo, como algún hombre inteligente dijo: la democracia es el medio; la libertad, la esencia, el fin.

### EL RÉGIMEN FRANQUISTA: ¡MUERTE A LA INTELIGENCIA!

La enseñanza sufrirá los efectos de la ausencia de libertad que impuso el triunfo de los sublevados, experimentando un fuerte retroceso hasta niveles medievales y disparándose los índices de analfabetismo. Nuevamente, los espacios de comunicación y de creación vieron como se amordazaba la libertad de expresión y sufrían el acoso y derribo de los enemigos de la vida, pues como acertadamente señalaba María Zambrano en *Los intelectuales en el drama de España*, “Resulta imposible encontrar juntos creación intelectual y fascismo. El intelectual que recorre el camino de la vocación, de un quehacer que responde a una exigencia real; el que ama la realidad y aún sin proponérselo la sirve, no resulta jamás fascista. Hoy hemos vuelto al punto de partida en el examen del fascismo; una enemistad con la vida, una impotencia de recibir la realidad que hace imposible la creación intelectual. Una negación completa” ( p.24).

Todo el sistema educativo pasó a estar dirigido y organizado por el Movimiento Nacional y la Iglesia Católica, experta en ejercitar su poder coercitivo espiritual, y se emplearon a fondo para establecer las líneas maestras de una formación en la que el objetivo último no era enseñar, sino forjar gente dócil y minorías rectoras dispuestas a someterse a los principios del nacional catolicismo. Esa educación, basada en el adoctrinamiento y el aprendizaje “sin libros” y sexista <sup>1</sup>, pues prohibía la coeducación y establecía materias diferenciadas para niños y niñas, dejando a éstas sometidas a la orientación de la Sección Femenina, iba dirigida a olvidar lo aprendido e interiorizar los retrógrados mensajes del régimen. Se declaró la guerra sin cuartel al pensamiento liberal

y moderno, a los intelectuales, y a la política”, en la que veían la raíz de todos los males, y ello provocó en los vencidos la necesidad de afirmar su apoliticismo para demostrar su “inocencia” y quedar libre de sospechas. Pero la maquinaria para detectar a los enemigos del régimen se puso en marcha y su peso recayó sobre los trabajadores públicos, que fueron víctimas de una sistemática depuración. Especialmente la sufrieron los miembros de la judicatura y los maestros y profesores, éstos últimos vieron de nuevo caer sus sueldos un 75%. Con estas medidas represivas y con la firme convicción de la necesidad de férrea disciplina, pues “la letra con sangre entra”, se reorganizó desde sus cimientos todo el sistema de enseñanza, desde la primaria a la universitaria. Nuevos planes y programas de estudio en las Escuelas Normales, hicieron, una vez más, de la religión la asignatura estrella, y el más alto apostolado para la contrarreforma recayó en la Universidad, que -por Decreto de 27 de julio de 1943- se convertía en “la falange misionera que restableciera la unidad católica en Europa” (*Trabajadores de la Enseñanza*, 1943, agosto, p.2). La política educativa del régimen franquista nada tenía que ver, ni en sus principios ni en su finalidad, con el espíritu que alumbró el buen hacer del periodo republicano, de manera que, mientras en los países capitalistas del entorno se avanzaba, desde los años 50 y 60, hacia una sociedad de consumo de masas que sacudiría los moldes de la enseñanza tradicional, incorporando transformaciones como la masificación del alumnado, la especialización, la sustitución de la palabra por la imagen, con el respaldo de los medios de comunicación de masas y de la industria de la electrónica, en la España franquista el retroceso era de siglos.

#### LA ENSEÑANZA DEL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO.

Dieciocho son los viajes que se realizaron a México entre el 7 de junio de 1937, fecha de arribada del *Mexique*, y el 17 de octubre de 1942, cuando llega el *Nyassa*. A partir de entonces se detuvieron las expediciones por la Guerra mundial. Arribaron en ellos un buen número de personas de alta formación intelectual, y de maestros y profesores que no habían olvidado, ni antes ni durante la travesía, sus compromisos como educadores, y ya en México, aunque con sentido de provisionalidad, ofrecerán su saber, su talento, sus energías, su capacidad y organizarán escuelas, centros de cultura, publicarán libros, periódicos y revistas, crearán obras de arte, y harán aportaciones

valiosas a la investigación científica. Su voz se oirá además en la tribuna, en la cátedra, en las asociaciones y en los círculos de estudio.

Para el refugiado las circunstancias mandan, de modo que encontrar un trabajo que les diera independencia económica además de satisfacer sus necesidades profesionales era cuestión prioritaria. En el caso de los maestros, en torno a 825 de los que 130 eran mujeres, la vocación se convertía además en un imperativo, de tal manera que la iniciativa de éstos y el apoyo efectivo, aunque no en todos los casos de igual manera, de los organismos republicanos que se ocupaban de organizar el exilio dio como resultado la fundación de colegios en México D.F., como el Instituto Luis Vives (agosto 1939), el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón (febrero 1940), la Academia Hispano-Mexicana (comienzo de 1940), el Colegio Madrid (1941), la Escuela “freinetista” Manuel Bartolomé Cossío (1964), la Escuela Activa Ermilo Abreu Gómez (1969, freinetista) y el Colegio Ruiz de Alarcón, en Texcoco, próximo a la capital. Otros, a instancias del Patronato Cervantes (1939), comenzaron a funcionar en provincias a principios de 1940. Estos fueron el Instituto Cervantes de Veracruz, el Grupo Escolar Cervantes de Córdoba, el Colegio Cervantes de Torreón, el Instituto Escuela Cervantes de Tampico, y el Colegio Cervantes de Tapachuela, el centro de Jalapa en Veracruz y el de Cuernavaca, estos dos últimos hoy desaparecidos. Obra también de la primera hornada de maestros exiliados, fuera del Distrito Federal, es la freinetista Escuela de San Andrés Tuxtla (1940) (Cruz, 1994). Otro problema a resolver era la escolarización de los hijos de los exiliados. En muchos casos se trataba de hacer posible la continuidad del ciclo académico iniciado ya en España, de modo que, con la creación de estas escuelas e institutos se podría dar respuesta a ambas necesidades, la colocación de los profesores y la formación de los niños.

Con algunas excepciones, caso del Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, estos centros siguen funcionando hoy, si bien en sus inicios y a lo largo del camino tuvieron que salvar algunos obstáculos. Para explicar su asentamiento y pervivencia debemos echar una mirada atrás y recordar como factor esencial la hospitalidad del presidente Cárdenas, que, además de asilo durante la guerra, concedió la ciudadanía mexicana a todos los refugiados que la solicitaron y facilitó, con la colaboración de los sindicatos mexicanos, la actividad de los docentes reconociendo sus titulaciones. Tampoco podemos olvidar la apuesta de intelectuales, políticos y diplomáticos mexicanos que mantenían contactos personales con sus homólogos españoles desde

antes o durante la instauración de la República, siendo testigos del devenir de los acontecimientos in situ y colaboradores, después, en algunas de las empresas emprendidas por el exilio en México. Son los casos, entre otros, de Riva Palacio, que fue vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas en 1892 y presidente del Círculo de Bellas Artes en 1894, de Alfonso Reyes, Secretario del Ateneo madrileño, de Rodolfo Reyes, presidente de la Sección de Ciencias Morales durante la República. A la buena predisposición de unos y otros, hay que sumar la política de Estado desarrollada durante el mandato de don Lázaro, con un fuerte impulso a la educación, pues era evidente que el grado de analfabetismo y la falta de preparación de profesionales y técnicos nacionales representaba, igual que en España, un lastre del que tenía que desprenderse el país si quería emprender el camino del desarrollo. Obviamente, hubo total sintonía entre el exilio republicano y las autoridades mexicanas en los proyectos educativos, de tal manera que, los recién llegados encontraron un terreno que abonar contando con la connivencia institucional mexicana. Pero para el colectivo de exiliados, la cooperación con el pueblo que le había ofrecido su hospitalidad, iba dirigida a acrecentar el acervo cultural del mismo, coadyuvando a su bienestar y al desarrollo y la independencia económica de México. Con esta finalidad se creó una Comisión especial que estudiaría con los gobiernos locales las necesidades de cada estado mexicano. Quizás con la intención de animar a la mutua colaboración, el *Boletín al Servicio de la Emigración española*, órgano oficial del SERE, publicaba el siguiente anuncio: “Emigrado, por interés tuyo y a la vez por interés de España, de México y de todos tus compatriotas emigrados contigo, conviene que la ocupación que encuentres, sea adecuada a tu capacidad y maestría profesional, porque es en ella donde serás más útil y tu esfuerzo más fecundo y eficaz. Haz lo posible por encontrarla en estas condiciones, pero si el hallazgo se dilata y te sale al paso un medio decoroso de ganarte la vida, acéptalo. Es la mejor manera, por digna y por práctica, de esperar la ocasión de trabajar en tu profesión verdadera” (1939, 15 agosto, p.4). Otra lectura del recurso publicitario podría indicar la limitación de los fondos del SERE, y el aviso para que cada persona y familia buscara los medios de resolver su vida.

Los Colegios del Patronato Cervantes se crearon en ciudades fuera de la capital mexicana, que era el auténtico centro del universo de exiliados, y por tanto fueron concebidos en respuesta a una realidad muy diferente: poca concentración de exiliados, importancia de la colonia española o europea, y demanda de centros educativos, igual

para los maestros autóctonos que para los niños del lugar. De tal manera que los Colegios Cervantes, centros de enseñanza privados, a los tres años de su creación tenían un 75% de niños mexicanos y el número de profesores del exilio era reducido. Similar situación ofrecía la Academia Hispano-Mexicana, en la que, tras cubrir sus plazas el primer año con hijos del exilio y un profesorado casi en su totalidad español, pasó a escolarizar a mayoría de niños mexicanos a los que, cada vez más, impartirán clases docentes nacionales. La fundación del Colegio Ruiz de Alarcón fue la respuesta a las necesidades de los niños de la colonia española residente e igualmente de los mexicanos. Los seguidores de la técnica Freinet, Patricio Redondo, José Tapia y Ramón Costa Jou crearon sus propias escuelas con alumnos y profesores mexicanos, sobre todo. En estos casos, el vínculo con el exilio republicano eran los propios maestros fundadores, no obstante, actuaron con gran autonomía respecto a las directrices pedagógicas y la financiación de las instituciones republicanas, probablemente porque, exceptuando el caso de la escuela de San Andrés de Tuxtla, su creación fue más tardía. Además lo que definió su trayectoria fue el empeño de sus inspiradores en continuar con el desarrollo del particular método Freinet en el que creían plenamente. La práctica y difusión de estas técnicas fue su prioridad y caracterizó la actividad de estos maestros pioneros en suelo mexicano.

No creo necesario en esta breve comunicación hacer una historia pormenorizada de cada uno de los centros escolares de primera y segunda enseñanza creados por el exilio, ya que sobre ello disponemos de estudios, algunos tan exhaustivos como los realizados por José Ignacio Cruz, quien ha sido comisario de la exposición sobre las escuelas del exilio celebrada en la Residencia de Estudiantes el pasado año. Sí quiero señalar que algunas publicaciones del exilio consultadas dejan constancia en sus páginas de los primeros centros fundados en México, detallando en algunos casos, como el del Instituto Luis Vives, el capital de 66 pesos aportado por el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles (*Boletín al Servicio de la emigración española*, 1939, 15 agosto, p.1), así como en otras, editadas por el colectivo de enseñantes, se ofrecen datos sobre el profesorado, el alumnado, los niveles de enseñanza impartidos, la localización geográfica y la finalidad de los colegios e institutos asociados al Magisterio español (*Trabajadores de la Enseñanza*, 1943, agosto, p.3). Esta última publicación, de tendencia socialista, se hace eco de la labor desarrollada por el colectivo de maestros y profesores del exilio, a la vez que propone directrices para la acción de los miembros de

la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza, asociación que comenzará a reorganizarse en México y en otros países latinoamericanos como Cuba, Venezuela y Chile. Su órgano de expresión publica el programa elaborado por la militancia, en el que incluye la petición de solidaridad del Magisterio en el exilio con sus homólogos en España, la apertura de suscripciones para el envío de dinero y víveres, y la información sobre lo que ocurría en España con los profesionales de la enseñanza, creándose, a tal efecto, una Comisión de estudio que analizará la situación de la educación allí. Pero el punto principal es el llamamiento al colectivo de maestros y profesores para organizar la acción política a fin de liberar España y recuperar la República. Este objetivo, constituye el caballo de batalla de todas las fuerzas antifranquistas, si bien, la división existente en su seno desde tiempo atrás, hará de la llamada a la unidad la cuestión preferente, de ésta y otras publicaciones del exilio (*Independencia*, 25 julio 1944, p.1 y *Acción*, 4 agosto 1945). La denuncia del régimen de Franco, de la nueva legislación universitaria española, y de la represión ejercida sobre los representantes de la cultura, son también temas repetidos en los artículos políticos que publicaron los miembros de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero. Además se interesaron por asuntos de carácter puramente profesional, de manera que editaron dieciséis números del *Boletín* y en ellos dieron informaciones breves sobre la Universidad del exilio, recopilándose las publicaciones científicas y humanistas de los universitarios con difusión internacional (*Boletín UPUEE*, 1943).

Al pensar en tan alto número de refugiados republicanos en México, entre 15.000 y 20.000, y como encontraron allanado el camino para hacer más fácil su vida en el destierro, no podemos pasar por alto los motivos altruistas y humanitarios de sus autoridades, que casi incondicionalmente les dieron su apoyo, como ya hicieran en 1937 con los niños de la guerra. Fue Amalia Solórzano, mujer del presidente, quien dirigió el Comité de Ayuda a los niños españoles y se ocupó de preparar su alojamiento en la Escuela Industrial España-México (Morelia), antiguos seminarios transformados en colegios para los niños y las niñas. Uno de los adolescentes que arribaron entonces fue Vicente Carrión Sos, futuro fundador del Colegio Ciudad de México, en el que quedó también el poso de la experiencia pedagógica republicana, a pesar de que su formación fue totalmente mexicana. En este sentido hay que señalar que no en todos los centros creados por el exilio se dio igual respuesta ante una realidad física, cultural y social diferente a la suya, aunque acabara siendo la única. En unos casos, como los del

Instituto Luis Vives, el Colegio Madrid y la Academia Hispano-Mexicana en sus inicios, los docentes crearon espacios como si fueran una prolongación del universo español y republicano, llevados por la necesidad de preservar sus señas de identidad, o por lealtad a la tierra que le vio nacer, como decía el poeta Tomás Segovia que estuvo sesenta años exiliado en México. En otros, los colegios Cervantes, y el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, desde el principio se volcaron con el país de acogida y hubo una predisposición a la integración, que el Instituto Hispano-Mexicano explicitaba inequívocamente en los objetivos del centro “enseñar a los hijos de los extranjeros residentes en México a pensar y sentir en mexicano”(Cruz, 1994,p.67). Estos centros siguieron un camino diferente a los exponentes más representativos de la obra republicana en el exilio, de manera que actuaron para desprenderse de la tutela de los organismo republicanos y buscaron vías de financiación de procedencia mexicana, o, como el Colegio Ruiz de Alarcón, de la colonia española. Su objetivo integrador se reflejará en los programas y asignaturas impartidas que giraban en torno al conocimiento de todo lo mexicano. Sin embargo, con el paso de los años los centros del exilio cambiarán su fisonomía, por la mezcla humana y cultural que se experimenta en ellos y por el inevitable arraigo en el país de adopción de los hijos y nietos del exilio.

Lo que prevalece como rasgo común a todos los colegios e institutos creados por el exilio es la continuidad de los objetivos y del método pedagógico desarrollado durante la República, y en ello radica la pervivencia de estos centros, convertidos hoy en espacios de formación personal y académica de calidad, sobre la base del conocimiento analítico y razonado, de la participación activa del alumno, de su relación directa con el entorno social y natural, y del desarrollo de actitudes de tolerancia y cooperación. Este fue el legado que dejaron los exiliados al magisterio mexicano, y en él se descubre la huella republicana.

#### LA EXPERIENCIA REPUBLICANA: APRENDER DEL PASADO

Los refugiados en México pasaron por todo tipo de vicisitudes desde que emprendieron el camino del exilio. No les fue fácil superar el desgarró que les había producido el éxodo forzoso ni tampoco rehacer sus vidas. Más doloroso todavía será asumir el no retorno a España, tras la traición de las democracias occidentales a la República. Cabía la posibilidad de plantearse la vuelta, y algunos lo hicieron, pero los más trataron de aceptar que quizás morirían en el país que les albergó, aun a costa de



“un terrible desdoblamiento, un continuo zigzag mental y sentimental, de cabeza y de corazón, entre su ayer y su hoy.” (Esteban Salazar, en *El Maquinista*, 2001, p.37).

Cierto que lo tuvieron más fácil que otros, por la hermandad del idioma y por el apoyo de una parte importante del pueblo mexicano, al que corresponderán dejando lo mejor de cada uno, su huella particular en los distintos ámbitos de la vida mexicana, no sólo en ese mundo, tan esencial, de la enseñanza. Ahí están los vestigios de su paso por el país latinoamericano, de sus aportaciones al desarrollo económico y cultural (VV:AA, 1976). Conocidas hoy, no cabe duda que dejaron alto el pabellón que representaba a la España republicana perdida, y resulta inaceptable, no sólo desde un punto de vista romántico y sentimental, el olvido de todas estas personas por parte de las instituciones españolas en tiempos democráticos. Por el contrario, los transterrados, no olvidaron la España que dejaron atrás, y probablemente olvidar les hubiera hecho más fácil el camino, pero sabían de la importancia de la memoria y de la necesidad de no traicionarla, y lucharon por conservarla. Sus testimonios escritos dan prueba de ello. Un esfuerzo y una labor realizada, sólo recientemente reconocida por los representantes de la política oficial, que parece comienzan a hacerse eco de la necesidad de hacerles justicia, pues como expresaba el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, en el homenaje que la Universidad Complutense dedicó al presidente mexicano Lázaro Cárdenas, “es de justicia reivindicar la labor de los exiliados que durante años fuimos la conciencia de España que no podía manifestarse ni residir en su país de origen” (Sánchez Vázquez, entrevista *Tribuna Complutense*, 11 oct. 2005). Silenciada esta parte de la historia de España, *el exilio interior* espera todavía hoy a que se le dé la voz que durante un cuarto de siglo se le ha negado, como señalaba, a sus 62 años, una de las niñas encarceladas por Franco.

El triunfo de la República provocó una reacción de entusiasmo y de confianza en una parte considerable del pueblo español. Con su proclamación se iniciaba el camino de la primera democracia en la historia de España, y fueron tiempos de esperanza, como dijo Antonio Machado “...aquellos días, Dios mío, tejidos todos ellos con el más puro lino de la esperanza...”. Para unos, gente inmersas en el mundo de la inteligencia y económicamente acomodada, significaba alcanzar su ideal democrático y de libertad. Para otros, las clases trabajadoras, era el momento de contribuir al desarrollo y consolidación del marco burgués, y aprovechándose de las condiciones favorables resultantes -la democracia política y la industrialización-, crecer y organizarse para la

lucha por el socialismo. La militancia anarquista, la más numerosa entonces, vio en la proclamación de la República el momento para el gran salto revolucionario.

Pero el sueño de libertad y de justicia social, aún con visos de realidad y fundado, se vio truncado por el golpe militar, y sólo quedó a los vencidos la posibilidad de proyectar sus principios y convicciones en los lugares de acogida, siempre con el pesar de la distancia insalvable. En mi opinión, la grandeza de la República radica precisamente en el compromiso de todo un pueblo, de gente de todas las clases, para hacer la andadura de un camino que se presumía difícil sin que ello mermara sus convicciones ni le restara esperanza. Quizás los mismos motivos que le llevó a defender lo conquistado en una larga y cruenta guerra, y le permitió soportar el destierro o la oscuridad en que quedó sumida España durante cuarenta años. “Feliz el pueblo que puede recuperarse tantas veces para sobrevivir. Es el orgullo del desdichado, lo sé. Tal vez pretendiéramos lo imposible, pero seguiremos andando hasta que todo se desvanezca o se ilumine. Nos dirán que somos obstinados. Pero ¿quién se atrevería a hacer crítica de los sentimientos que nos ayudaron a vivir” (León, 1977, Prólogo).

Las palabras de M<sup>a</sup> Teresa León, similares a las de otros testimonios, recuerdan a los desmemoriados el empeño de hombres y mujeres por construir y mantener una sociedad democrática, en el sentido amplio del término, lo que sólo podía lograrse con criterios de justicia social y equidad. Esta fue la “utopía” de muchas personas para las que transformar la realidad entraba de lleno en el plano de lo posible. Con esa idea iniciaron un proceso de revolución cultural e intelectual en una España en la que se respiró una libertad hasta entonces desconocida, y yo diría que una situación parecida, que despertara tanto entusiasmo y tantas esperanzas, no se dio hasta el triunfo socialista de 1982. El deseo de romper las cadenas impuestas por el régimen dictatorial, las ansias de aprehenderlo todo: nuevas experiencias, nuevos conocimientos, nuevos contactos con el mundo..., y, sobre todo, echar una mirada atrás para ver como la ciudadanía pensaba y vivía la libertad. Pero pasados esos primeros años, llegó el desencanto, y, en mi opinión, en España, como en el resto de las sociedades democráticas, se hace cada vez más necesario repensar la esencia de la democracia, y devolver a los poderes políticos el papel que les corresponde en ella, tal es proteger y garantizar los derechos y las libertades, sin olvidar nunca que son meros depositarios transitorios de la soberanía del pueblo. Sin embargo, ninguneados éstos por los grandes poderes económicos,

términos como la libertad, la igualdad y la solidaridad van quedando vacíos de contenido.

Las reformas educativas de la República alcanzaron un importante grado de madurez, aunque interrumpidas, únicamente se salvó aquello que los exiliados pudieron llevar consigo. Pero, la recuperación de la democracia en España, aún sin la mayoría de los auténticos responsables de la pervivencia del espíritu que propició el clima cultural y educativo de la República, nos recuerda día a día que aún se puede aprender mucho del pasado a la hora de replantearse las concepciones y prácticas educativas, basta con poner “interés, entusiasmo, locura, arte, pese a escépticos y detractores”, fórmula mágica de Freinet (Jiménez Mier, 1992, Introd.).

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ACCIÓN*. Publicación Española Republicana Independiente (1945, 4 agosto), México.
- ALTED, A.(2005). *La voz de los vencidos*. Madrid: Aguilar.
- AUB, M. (1992). *Epistolario del exilio (1940-1972)*. Castellón: Fundación Caja de Segorbe.
- BOLETÍN AL SERVICIO DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA* (1939, 15 agosto), México.
- BOLETÍN INFORMATIVO DE LA UNIÓN DE PROFESORES UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES EN EL EXILIO* (1943), 2-5, México.
- CRUZ, J.I.(1994). *La educación republicana en América (1939-1992)*. Valencia: Generalitat Valenciana.
- IDEM.(2004). *Maestros y colegios en el exilio de 1939*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim.
- DOMINGO, C.(2004). *Con voz y voto. Las mujeres y la política en España (1931-1945)*. Barcelona: Lumen.
- EL MAQUINISTA*. Revista de Cultura. (2001, diciembre), Málaga: CEDMA, núms.3-4
- INDEPENDENCIA*. Publicación de la Unión de Jóvenes Patriotas (1944, 25 julio), México
- JIMÉNEZ MIER Y TERÁN, F.(1992). *Seis experiencias de educación Freinet en Cataluña antes de 1939*, Aula libre. Cuadernos número 2.
- LEÓN, Mª T.(1977). *Memoria de la melancolía*. Barcelona: Bruguera.

LIDA E. C. y MATESANZ, J.A.1993). *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México D.F.: Colegio de México.

*LOS COLEGIOS DEL EXILIO EN MÉXICO* (Catálogo de Exposición), Residencia de Estudiantes, Madrid, 27 enero-27 marzo 2005.

MOLERO PINTADO, A.(1977). *La reforma educativa de la Segunda República Española. Primer Bienio*, Madrid: Santillana.

OJEDA REVAH, M. (2004). *México y la Guerra civil española*. Madrid: Turner.

*TRABAJADORES DE LA ENSEÑANZA* (1943, 1 junio-1949 mayo), México.

VV.AA.(1976). *El exilio español de 1939*. Madrid: Taurus, vols.3-6.

ZAMBRANO, M. (1937). *Los intelectuales en el drama de España*. Santiago de Chile: Panorama.